

RASGO NECROLOGICO.

Señores Comprofesores:

Me habéis pedido que escriba un rasgo necrológico acerca de nuestro benemérito Decano, el finado Sr. Dr. D. Juan Jaramillo, recientemente arrebatado por la muerte, del seno de esta ilustre Corporación. Si yo quisiera ocuparme detenidamente sobre la vida, las cualidades morales y los servicios públicos del Dr. Jaramillo, os pediría tiempo, SS., para recoger los datos necesarios y poderlos presentar á la consideración de nuestros compatriotas, de manera que honren al recomendable finado, y que sirvan de ejemplo y lección á la juventud dedicada al foro, á la que aspira al magisterio, y á la que, levantándose sobre el común de los ciudadanos, pretenda dar leyes sabias y justas, que, sea dicho de paso, SS., es el mayor beneficio que puede recibir un Estado y el más alto timbre de las personas constituidas en mando y dignidad. Pero, lejos de mí esta labor, que demasiado noble, ardua y trascendental, es por lo mismo, superior á mis cortos alcances y á mi ninguna versación en materia tan espinosa y delicada. Dejemos que biógrafos competentes vengan á ocuparse en este cometido: ellos sabrán descorrer con mano maestra los velos que ocultan la verdadera

virtud en los hombres sencillos, y que al morir, solamente, pueden ser exhibidos á la luz de la imparcial y clara antorcha de la posteridad; y sobre todo, SS., esperemos que la voz autorizada de los ministros del altar, venga sobre la tumba de nuestro llorado Decano á pronunciar esos juicios severos, que participan de la infalibilidad de la iglesia, y sin cuyo apoyo, nada podemos afirmar de cierto, ni seguro, en ese análisis de la conducta humana, en relación á los grandes y misteriosos destinos del hombre. Me limitaré por tanto, á recordaros ahora mismo, y antes de que vuestros luctuosos sentimientos se adormezcan, las prendas más recomendables de nuestro amado compofesor á fin de que queden consignadas en el acta de esta sesión de la Facultad, y sirvan para formar el lúcido libro de sus memorias y de sus anales.

Nacido el Sr. Jaramillo, en el año de 1827, en el seno de una familia pobre y honrada de la provincia de Loja, fué enviado, apenas salió de la niñez, á esta ciudad, para el aprendizaje de la instrucción primaria. Instruido bien pronto en las primeras letras, ingresó al Seminario de esta diócesis; pero antes de terminar el curso de latinidad se trasladó á Loja, y en el Colegio de San Bernardo de esa ciudad, concluyó la gramática y dió principio al curso de filosoffa; mas, vuelto al Azuay, por bien nuestro á no dudarlo, continuó sus estudios en el Seminario. Venciendo los estorbos de la pobreza, y haciendo frente á los padecimientos del ostracismo del hogar, que no dejan de parecerse en algo á los de la patria, el adolescente seminarista adelantaba rápidamente en los conocimientos literarios, y en el mejoramiento de eso que llamamos el alma y el corazón. He dicho, Señores, venciendo los estorbos de la pobreza, por llamar la atención á esta fuente fecunda de perfección y de progreso moral, cuando convertida en escuela de caridad cristiana, de moderadora de los ímpetus desatentados de la primera edad, en una palabra, cuando convertida en crisol purificador consume las manchas ingénitas de la especie humana y recompone los defectos naturales del hombre.

Concluído el estudio de las ciencias filosóficas que por entonces se dictaban, se contrajo el Sr. Jaramillo al de las Sagradas letras, y terminado el curso completo de teología moral y dogmática, se dedicó á la jurisprudencia, en todos sus ramos, habiendo venido á ser éste el estudio especial de toda su vida. Bien pronto el alumno moderado y sobre manera contraído á sus deberes, se hizo lugar entre sus condiscípulos, y se captó el aprecio de sus superiores y maestros; y no se diga SS. que consigno aquí un hecho común y de poca significación. Necesario es considerar quienes eran esos maestros, y quienes esos con-
colegas, para valorizar la importancia de sus deferencias hacia el estudiante de extraña provincia. Los Villamaganes, los Torales, los Arévatos, los Grandas, los Vázquez se cuentan entre los primeros; y me abs-

tengo SS. de la enumeración de los segundos, porque siendo muchos y teniéndolos á la vista entre nosotros, temo ofender á alguno, omitiéndole involuntariamente.

En el año de 1854 se graduó de Doctor en Jurisprudencia, en la capital de la República, y ante la Universidad de Santo Tomás de Aquino; sí, ante ese cuerpo científico y respetable, cuyo lustre y grandeza aún no pasa y acaso no pasará, porque su tradicional nombradía, está fundada en el mérito sólido de los hombres de letras que se formaron en los últimos tiempos de la colonia, y que fueron los fundadores de la república de las luces y del saber, en los albores de la independencia política y administrativa de la Patria.

Por este tiempo, encontrábase el Sr. Dr. Jaramillo definitivamente establecido en Cuenca, á consecuencia de su matrimonio con una joven digna de ser su eterna compañera; y con un intervalo corto, ocurrido en 1857, en que se fué á la villa de Zaruma, comprometido á establecer una especie de liceo, donde dió lecciones de gramática castellana y latina, juntamente con la instrucción primaria, toda su vida tan provechosa á la familia y á la sociedad, la pasó aquí entre nosotros, especialmente desde su incorporación de abogado, que tuvo lugar en el referido año de 57.

Ha sido en el foro cuencano el defensor ilustrado, que se ha buscado con empeño; el juez y asesor y justiciero, que se ha preferido siempre; así como el profesor apetecido en los colegios, y el funcionario llamado, sin contradicción, á los cargos más importantes. Prolijo sería enumerar los destinos públicos que ha desempeñado este esclarecido compatriota nuestro. Con pocas excepciones, él ha recorrido todo el campo de los honrosos puestos de la administración de justicia, del magisterio de la enseñanza, de los bancos del parlamento. Pero, no es SS. que tengamos que enumerar estos cargos, por importantes que sean: lo que tenemos que consignar en esta ligera revista, es la circunstancia rara, de que este personaje, no haya dejado esos diversos y comprometidos empleos, ni mal visto, ni mal parado; sino que en el largo período de 30 á 40 años que no ha salido de ese círculo, haya sostenido incólumes su dignidad y su buena reputación, conservando siempre el aprecio y la veneración de la generalidad de sus paisanos. ¡Ah, SS.! Cuántas y cuan excelentes virtudes se necesitan para poder sostenerse firme en esos pedestales, que unas veces levanta el aura popular, otras la vocación del superior; y algunas otras, la combinación de ciertas circunstancias ocasionales, que llamamos casualidad. El hombre sube sobre palmas, colócase en el pináculo de los templos de la grandeza y de las glorias del mundo; mas, falto de virtudes sólidas, desciende con la rapidez de los cuerpos pesados, sin poder sostenerse en esas regiones superiores. No así el profesor, cuya pérdida lamenta-

mos: andando, siempre, vía recta, por los senderos del bien, hémole visto llegar al término de la vida circunspecto y noble, laborioso y servicial, sirviendo de ejemplo á los que pasan, y de bello ideal á los que vienen.

Aquí mismo SS. en el seno de esta corporación tan digna, prescindiéndose del que habla, la voz del Sr. Dr. Jaramillo era la voz de un oráculo, su presencia la de un sacerdote de la justicia, su voto, la norma de nuestros procedimientos. Y, ¿qué nos queda que hacer ahora, que vemos de repente su sillón vacío y cubierto de luto? Honrar su memoria: pero la honra verdadera no está en las palabras, no está en las admiraciones, está en algo más positivo, en algo que sea como la sucesión de los tiempos, como la recomposición de los elementos, como la reproducción de los seres organizados. El profesor que venga á levantar este negro crespón [a], preciso es que se embeba en la ciencia y en la moralidad de tan digno predecesor, para que ese asiento no se deslustre y continúe sirviendo de foco de la sabiduría y del bien. El decano que le suceda en el régimen de esta Facultad, en mucha cuenta debe de tener el tino y maestría de su antecesor. ¡Ah, SS.! Esta ciencia del mando, no es una ciencia cualquiera del mundo; sólo puede adquirirla el que humildemente se avasalla ante Aquel que todo lo gobierna, para recibir de su omnipotente mano un rayo de esa virtud soberana. "Da, pues, á tu siervo un corazón dócil, dijo Salomón al Altísimo, para que pueda hacer justicia á tu pueblo, y discernir entre lo bueno y lo malo"; y este don de la docilidad de espíritu, que Dios nuestro Señor concedió á este príncipe, fué la base y fundamento de su sabiduría universal. Mientras la soberbia y el orgullo tengan hinchado el corazón y aturrida la mente, imposible es SS. que el hombre dé un paso acertado en ninguno de los caminos que le están trazado. Si nuestro compofesor llegó á tener tanto mérito en la sociedad, atribuirlo debemos á esa humildad sin bajeza, á esa moderación tan circunspecta, que la caracterizaba en todos sus actos. Y esta misma virtud tan bella, parece que lo trajo á una muerte sosegada, digna del filósofo cristiano. Tendido en su lecho, sin que murmullos de inculpación, ni reconvenciones, fueran á turbar la paz de su alma, esperaba sereno la disolución de la materia, para volar á las regiones celestiales.

Que nuestro querido compofesor descanse en paz, Señores.

Manuel Coronel.

[a] Alude al paño mortuario con que, según el reglamento, se cubre la silla del fallecido, hasta que sea reemplazado.